

UNA SUGESTION (*)

Al comienzo de su **Libro de Buen Amor** el Archipreste de Hita acumula, como se recordará, razonamientos y ejemplos para demostrar la sana intención que ha de buscarse en los pintorescos cuadros y relatos que se dispone a escribir.

Sin entrar en el discutido tema de la sinceridad del Archipreste, sólo quiero señalar aquí brevemente el posible rumbo a una investigación que, partiendo de un detalle, podría tener interesantes y amplias derivaciones.

Uno de aquellos ejemplos aludidos es el de la "Disputación que los griegos e los romanos en uno ovieron". Comprende las estrofas 47 a 63 del **Libro de Buen Amor** y reproducen la deformación medieval de la tradición, probablemente tardía (1), que consigna Tito Livio (III, 21) sobre el envío de tres embajadores romanos a Atenas para copiar las leyes de Solón.

Menéndez y Pelayo se inclinaba a creer que el Archipreste hubiera conocido la versión medieval de aquella tradición a través de algún **fabliau** francés, pero hoy parece suficientemente averiguado que la recibió por el extraño camino del derecho en el cual debía ser medianamente versado, como bien lo advierte Menéndez y Pelayo recordando las repetidas menciones de las **Decretales** que hace en el prólogo en prosa de su libro.

En efecto, la primera versión del cuento del Achipreste se

(1) Cf. E. Costa. *Storia delle fonti del diritto romano*, p. 11.

* Escrita en el año 1941 como consecuencia de una conversación con algunos discípulos a propósito de la mencionada cita de Cicerón, esta nota quedó sin empleo hasta ahora, cuando, impedido de hacerlo con un trabajo más importante la destino a satisfacer en parte el amable pedido de colaborar nuevamente en esta ya prestigiosa Revista de Estudios Clásicos.

halla en las glosas del célebre jurisconsulto Francisco Accursio que profesaba el Derecho Romano en Bolonia en la primera mitad del siglo XIII, quien lo relata al comentar el párrafo de Pomponio relativo a la creación de los docevirovros en el libro I, título II del Digesto.

Lo disparatado del cuento fué más tarde fácil motivo de críticas y burlas de los humanistas, y su texto puede verse en la versión de Nebrija transcrita por J. Puyol y Alonso (2), pero ya desde el siglo XIII había empezado a difundirse, como lo muestran las distintas versiones que señala F. Lecoy (3), quien hace notar también que el Archipreste, como Accursio y el diálogo de **Plácides y Timeo**, "son los únicos que colocan la anécdota en los tiempos antiguos".

Naturalmente, se trata de esa antigüedad anacrónica que la edad media imaginaba de acuerdo con sus propias ideas y costumbres, pues así como en el **Libro de Alexandre** un héroe griego es escondido en un "convento de sorores", los griegos y romanos de este cuento discuten sobre la sagrada Trinidad.

Como se recordará, los griegos, antes de dar a los romanos las leyes que les pedían, quisieron examinarlos y le contestaron

que ante les convenía con sus sabios disputar
por ver si las entienden e merecían levar. (**)

A causa de la diversidad de lenguas, se convino en disputar por "señas de letrado", pero los romanos, recelando de su ignorancia y de la mucha ciencia de los griegos, se veían en grandes tribulaciones para la elección de su campeón, hasta que a alguien se le ocurrió buscar un patán al que vistieron

como si fuese doctor en la filosofía
y lo enfrentaron con el sabio griego.

(2) J. PUYOL Y ALONSO, *El Archipreste de Hita*, p. 184.

(3) F. LECOY, *Recherches sur le Libro de Buen Amor de Juan Ruiz*, p. 164.

** El texto se cita según la edición de J. Ducamin, Toulouse, 1901.

El primer ademán de éste fué levantar un dedo: el romano le contestó extendiendo tres. El griego tendió luego la mano abierta, y el romano le contestó mostrándole el puño cerrado. Aquí concluye la disputa y los romanos son juzgados dignos de recibir las leyes, pues, según informa el griego, él, con su ademán ha querido decir que había un solo Dios y el romano le había contestado que era uno en tres personas; enseguida había significado que todo era según la voluntad de Dios, y el romano le había dicho que Dios tenía el mundo en su poder.

La interpretación del romano fué, por supuesto, muy diferente: creyó que el griego lo amenazaba con reventarle un ojo y le contestó que le reventaría los dos y a la vez le rompería los dientes; entendió luego que el griego lo amenazaba con una palmada, y le contestó que le daría un puñetazo, con lo cual el griego "dejóse de amenazar".

Ahora bien, contra la opinión de Cejador de que "el cuento en sustancia es popular", piensa Lecoy, sin duda con acierto, que procede del mundo estudiantil y que las señas son una parodia "de una práctica quizá real en las universidades, o, mejor aún, una chanza destinada a ridiculizar ciertas reglas monásticas que, sin prohibir en absoluto la palabra, recomendaban el empleo de ademanes para las comunicaciones entre hermanos". En apoyo de la segunda hipótesis, recuerda Lecoy el capítulo VI, **de taciturnitate** de la Regla de San Benito y dos alusiones satíricas posteriores, pero no se le oculta que de esa pequeña comedia, como la llama, el Archipreste debía de recordar "una versión en que el sentido primero de la disputa no estaba enteramente perdido, en que las señas empleadas tenían la pretensión de ser tomadas de un código misterioso y complicado donde el atavío de filósofo era indispensable". (4)

En efecto, las "señas de letrado" y el hábito de filósofo son dos detalles que el Archipreste ha tenido bien presente, y, si es posible que haya cierta relación entre las citadas prácticas mo-

(4) id., id., p. 168.

rónicas, y la disputa por tenerlo, lo que sería interesante averiguar con más precisión, los problemas del Archipreste están más de acuerdo con una "práctica quizá real en las universidades", como sospecha Lecoy

Es éste un detalle de las costumbres escolares medievales cuyo estudio sería de no poco interés, pues acaso contenga uno de esos tantos hilos disimulados en pequeños hechos de la vida que ligan la Edad Media con la antigüedad. Sabida es la importancia que la mímica tenía para los oradores clásicos, como lo demuestra la atención que Cicerón en el *De Oratore* y sobre todo Quintiliano dedican a los ademanes del orador. Los ademanes de las manos tenían especial importancia y para Quintiliano, en la diversidad de lenguas de tantos pueblos diferentes como ya se conocían, el de las manos le parecía como un lenguaje internacional. (5)

El célebre actor Roscio, amigo de Cicerón, solía imitarlo en ciertas actitudes, pero, si bien la mímica de oradores y actores coincidía a veces en el hecho de expresar sobre todo emociones, el ideal de Cicerón y de Quintiliano era que ese lenguaje del cuerpo, como decía el primero, estuviese de acuerdo con el pensamiento (6), y, para Quintiliano, el orador debía distinguirse del actor en que su ademán estuviese más acomodado al sentido que a las palabras. (7)

Pero la enseñanza de la retórica se fué relacionando cada vez más estrechamente con la filosofía, y las prácticas de la discusión filosófica debieron de influir en las controversias retóricas a que se redujo la oratoria durante la época imperial, puesto que, según Quintiliano, "los socráticos preparaban muy bien al futuro orador por medio de altercaciones e interrogaciones" (8). Un indicio de esta relación, en cuanto a la mímica, probablemente se halle en la frase de Quintiliano relativa a cierta po-

(5) QUINTILIANO, *Instit. orat.*, XI, 3, 87.

(6) CICERON, *de Orat.* III, 222.

(7) QUINTILIANO, *Inst. orat.*, XI, 3, 89.

(8) Id. X, 1.

sición de la mano "que ahora los griegos usan mucho cuando quieren redondear con el ademán sus entimemas". (9)

El rastreo de esta práctica medieval que parece deducirse del cuento del Archipreste, llevaría así a las escuelas filosóficas griegas donde más se cultivaba la dialéctica, esto es, principalmente las de los estoicos, y precisamente en las costumbres del fundador de la escuela, Zenón de Cizio, aparece esta característica de valerse de ciertas posiciones de los dedos para representar conceptos y definiciones.

De los pocos fragmentos de Zenón conocidos por referencias de terceros, por lo menos dos aluden a esa costumbre suya: para explicar la diferencia entre lo conciso y apretado del razonamiento dialéctico y la amplitud y difusión del retórico, comparaba, dice Quintiliano (10), el primero al puño cerrado, y el segundo a la mano abierta con los dedos tendidos.

Aun más significativo es lo que refiere Cicerón en la **Académica posterior** (11) respecto a cómo Zenón explicaba gráficamente los grados de conocimiento: "abriendo la mano, con los dedos tendidos, indicaba la imagen mental, cerrándola y formando el puño, señalaba la comprensión; y apretando ese puño con la mano izquierda, decía que así era la ciencia". Y que esta práctica haya continuado empleándose en las sucesivas fases de la escuela estoica, y que su tradición haya llegado a la Edad Media, parece demostrarlo la mención de Sidonio Apolinar, quien, en el siglo V d. d. C. al hablar de los bustos de filósofos que con sus actitudes tradicionales se debían colocar en las escuelas, cita al estoico Crisipo representado **digitis propter numerorum indicia constrictis**. (12)

Como se ve, existe entre las prácticas de Zenón y la mímica de los personajes del Archipreste, cierta semejanza de ademanes

(9) QUINTILIANO, *Inst. orat.*, XI, 3, 102.

(10) id. II, 20, 7.

(11) párr. 47.

(12) *Epíst.* IX, 9.

y de significación que no deja de ser sugestiva, y aunque lo escaso y poco accesible de los medios de información lo harían un tanto difícil, sería sin embargo un tema de investigación que podría ofrecer algunas sorpresas, averiguar si entre estos dos términos extremos se puede llegar a establecer una más clara continuidad histórica.

Enrique François

(Universidad de Buenos Aires).